

Sant Cugat del Vallès, 15 de abril de 2017

Sábado Santo

“El Señor les dé santa alegría en las próximas Pascuas y, de corazón canten Vs. el ¡Aleluya!” (Cartas, 132)

Queridas hermanas y miembros de MFA:

Al empezar a escribir la circular con ocasión del aniversario de la entrada de Madre Alberta en la Pureza, me doy cuenta de que este día – 23 de abril – cae dentro de la octava de Pascua, la fiesta grande de los cristianos.

Y por ello, antes que nada, os deseo: ¡Feliz Pascua de Resurrección! ¡Que el gozo y la alegría de Jesús Resucitado llene nuestras vidas!

Fue un sábado dentro de la octava de Pascua, cuando Alberta Giménez, viuda y con 32 años, confiada en el Señor, atravesó la Puerta de Can Clapers dispuesta a realizar lo que para ella era voluntad de Dios.

Al recordar este hecho fundamental en la vida de Alberta, me pregunto: ¿Con qué sentimientos llegó a esta nueva casa? Sabemos bien que buscó y deseó, por encima de todo, realizar la voluntad de Dios en su vida: *“No quiero ni aspirar sino a que se cumpla en todo la voluntad de Dios”* (Cartas, n. 263).

La Pascua es un tiempo de alegría, de audacia y de esperanza. Al mirar hoy hacia atrás y contemplar el fruto de aquella decisión de la joven Alberta, podemos decir que eran estos mismos sentimientos los que anidaban en su corazón aquel 23 de abril de 1870.

Como aquellas mujeres que, en la mañana de la Resurrección, se dirigieron al sepulcro sin saber cómo quitar la piedra, y fueron recompensadas con el anuncio: *“No tengáis miedo, (...) ha resucitado”* (Mt 28,5-6), así, la Madre,

con una gran fe en el que la había llamado, se lanzó a la tarea encomendada por el Obispo Salvá. Tenía un sueño, un horizonte por delante y, al mismo tiempo, constataba una realidad dura: un colegio en ruinas y con mala fama, un grupo de maestras mayores, y sin dinero... Todo apuntaba a un nuevo fracaso. Las dificultades y los desafíos con que se encontró fueron importantes.

Sabía bien Madre Alberta que no es nuestra fuerza, ni nuestras ideas y proyectos los que triunfan ante Dios. Es nuestra pequeñez la que atrae su mirada y así, donde todos veían “un colegio en ruinas” destinado al fracaso y al cierre, el Señor veía mucho más; solo necesitaba la fe de Alberta para realizar su proyecto. Cuando la obra le pertenece al Señor, y el instrumento elegido para llevarla a cabo se deja hacer, todo se desborda. Así ocurrió con la Madre, no se tratará solo de levantar un colegio, sino de crear una Escuela de Maestras y una nueva Congregación. Ella decía por experiencia: *“Nosotras nada podemos; pero todo lo podemos con Cristo Jesús” (Pensamientos Espirituales, n. 236).*

¿Qué es lo que nos puede enseñar la Madre en esta Pascua – paso – de su vida?

➤ **A no temer.**

En el tiempo en que vivimos nos encontramos con problemas y contrariedades, en algunos casos, muy grandes. Nuestros esfuerzos pueden parecernos inútiles, pero hay que escuchar esa voz que nos dice: *“No temáis” (Mt 28,5).* Hay una piedra que ha sido quitada para siempre, la piedra del sepulcro que cerraba toda esperanza.

➤ **A salir.**

La valentía de la Madre debe empujarnos a desterrar de nuestras vidas el desánimo, a no replegarnos sobre nosotros mismos quedándonos solo en lo ya conocido. Nos enseña a mirar con los ojos de la Fe, a escuchar las

palabras del Ángel: “*Ha resucitado, no está aquí, (...) Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea*” (Mt 28,6.10).

➤ **A anunciar.**

Nos pide que pongamos en práctica las palabras de Jesús en el día de Pascua: “*Id y enseñad ...*” (cf. Mt 28,19). Fue lo que Madre Alberta hizo durante toda su vida, como joven maestra, como madre y esposa y como religiosa. Entreguémonos con ilusión a nuestra tarea, sea la que sea, allí nos espera el Resucitado para llenarnos de vida, para invitarnos a resucitar en todo aquello que exista en nosotros de muerte, de oscuridad y de dolor, y para enviarnos a ser sus testigos.

➤ **A confiar.**

La Madre nos invita también a dejar que sea el Señor quien dirija nuestra vida, a entrar en el Misterio Pascual para recoger sus frutos: un nuevo modo de vivir, de acoger, de mirar, de trabajar. El que ha resucitado con Cristo es ya una criatura nueva (cf. 2 Co 5,17b); busca la paz, construye la paz, perdona y ama al hermano y vive transparentando la alegría del Resucitado, que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5).

Que la Virgen, que cantó con gozo en el *Magnificat* que Dios hace obras grandes, acreciente en esta Pascua la alegría de sentirnos salvados, alegría que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22). Que podamos dar esos pasos que el Señor nos está pidiendo, tal como lo hizo Madre Alberta, y vivamos: sin temer, saliendo, anunciando y confiando.

Con gratitud y afecto os deseo ¡Felices Pascuas!



H. Emilia González
Superiora general